

## NIÑOS DE LA BIBLIA.



DANIEL Y BALTASAR.

XXXI.

### DANIEL Y BALTASAR.

Sonaba el estrépito de las armas alrededor de la opulenta Babilonia, escuchábanse en la campiña los clamores de guerra, y dos ejércitos reunidos, el de los persas y el de los medos, ambos á cual mas poderosos, tenían sitiada á la orgullosa ciudad. En tanto el jóven rey Baltasar, confiado en las

*Julio de 1849.*

gigantescas murallas y en la caudalosa corriente del Eufrates que formaban la principal defensa de su capital, y desvanecido con su naciente poder y con el esplendor de aquel vasto imperio que sus inespertas manos no podían dirigir, pasaba los días en el ocio y la disipacion sin cuidarse de los enemigos, ni de los graves riesgos que le amenazaban. Celebraba el incauto monarca un opiparo festin al que estaban convidadas mas de mil personas entre las principales de la corte. Os-

TOMO III. 13

banquete toda aquella singular magnificencia de la arquitectura babilónica: bajas, pero gruesísimas columnas de mármol sostenían los pesados cornisamientos en que estaban incrustados mil caprichosos geroglíficos. Estatuas de metal y de piedra, representando los muchos ídolos del culto caldeo, se ostentaban en sitios de preferencia sobre altos pedestales, y también se había tratado de imitar con brillante pedrería algunas de las constelaciones celestes. Cortinas de escarlata estaban sostenidas y agrupadas caprichosamente en gruesas varillas de oro, y torrentes de luz descendían á la sala desde los colosales candeleros de bronce con oportunidad colocados, mientras que los aromáticos perfumes de los pebeteros embalsamaban el ambiente. Aquel vasto recinto que ya producía por sí solo un magnífico efecto de perspectiva y de luz, estaba aun mas brillante, mas animado con el lujo y riqueza de los trages del rey y de sus magnates, con la seductora belleza de sus mugeres y de sus concubinas.

Ya muy avanzado el banquete, y cuando los vapores del vino empezaban á trastornar las cabezas de aquella muchedumbre impía, ordenó el rey por uno de aquellos caprichos de su insensato despotismo, que se tragesen al instante los vasos sagrados de oro y plata, apresados por su padre Nabucodonosor en el templo de Jerusalem, y que se conservaban en Babilonia como el mas precioso trofeo de aquella importante conquista. Llenáronse aquellos vasos preciosos, no solo por el uso á que estuvieron consagrados, sino también por su forma y materia, y los caldeos brindaron en ellos en honor de sus falsos dioses; pero en el momento mismo de esta inútil profanación, y cuando el monarca llevaba la copa á sus impuros labios, detiénese y palidece, lanza un grito de terror, suelta la copa, y en medio del temblor convulsivo que le agita, solo halla fuerzas para dirigir su mano hacia una de las paredes del vasto local. Había visto el rey una mano desconocida que trazaba caracteres misteriosos, los que despidiendo un resplandor que eclipsaba el que

lanzaban los candelabros de la sala, habían quedado perceptibles á todos los inquietos cortesanos en esta forma:

### MANÉ THECEL PHARÉS.

Era tan notable esta prodigiosa aparición y producía tan singular efecto en el rey, que inmediatamente convocó este á los sabios, magos y adivinos de Babilonia, y les dijo:

—Aquel de vosotros que me lea y explique esas extrañas palabras, será revestido con la púrpura régia, llevará al cuello un collar de oro, y será en fin considerado como la tercera persona de mi reino.

Inútiles eran todas las promesas del monarca, ninguno de los sabios que se presentaban pudo entender, ni aun descifrar aquellas palabras: todo al contrario, solo la vista de aquellos misteriosos caracteres parece que les hacia enmudecer. Esto, como es natural, no hizo mas que acrecentar la turbación del rey y el terror de aquella muchedumbre, sorprendida en lo mejor de su opulento festin con aquel aviso celeste.

Cuando el espanto llegaba á su colmo, presentóse la reina Nitocris, madre del monarca, y le dijo:

—No se turbe ¡oh rey! tu mente, ni se altere tu semblante. Hay en tu reino un hombre en quien reside el espíritu divino, y es poseedor de mas ciencia y sabiduría que todos los magos del reino. Este hombre á quien tu padre Nabucodonosor supo distinguir y engrandecer, se llama Daniel, y tiene la inteligencia suficiente para explicar los sueños, para descubrir los secretos y para descifrar las cosas mas oscuras: él es el único que puede explicar el sentido de esas palabras.

El rey hizo inmediatamente comparecer á Daniel, y le dijo con ansiedad:

—¿Eres tú ese Daniel de quien tantas maravillas me cuentan?

—Yo soy Daniel, le contestó, uno de esos desventurados hijos del pueblo de Israel, que el rey tu padre trajo cautivos de Judea.

—Si es cierto que posees el espíritu de los dioses, y que puedes explicar



las cosas mas oscuras é intrincadas, he ahí esos terribles caracteres, ante los cuales enmudecen los principales magos y sabios de mi reino. Si tú puedes leer esas misteriosas palabras y me explicas su sentido, serás la tercera persona de mi reino, y como tal llevarás vestido de púrpura y collar de oro.

—Guarda para ti y para los de tu casa ¡oh rey! tus regalos y honores, que sin necesidad de ellos sabrás cual es la voluntad del Altísimo. El rey Nabucodonosor, tu padre, obtuvo del Señor, reinos, grandezas, y el mayor poderío concedido en la tierra; pero ingrato á tantos beneficios, desconoció al Ser Supremo que le protegía, y en su insensato orgullo, mereció perder el reino y grandeza, y vivir entre las bestias del campo incapaces de razon. De poco te ha servido á ti, rey Baltasar, el ejemplo de tu padre, y no has sabido aprender en el que Dios, en su soberano poder; da y quita los tronos segun le parece. Heredando el orgullo de Nabucodonosor, no has humillado tu corazon, sino que te has rebelado contra el dominador de cielo y tierra, y no has glorificado al que tiene en su mano todos los momentos de tu vida. Has profanado los vasos sagrados de su templo, y aqui mismo los has traído para beber en ellos con tus concubinas, elogiando á esos idólos impuros, que ni ven, ni oyen, ni entienden; solo te falta saber tu castigo.

Pasmosa era la arrogancia de Daniel ante aquel iracundo y despótico monarca; pero era tal la impresion de terror que dominaba al rey y á toda la asamblea, que ponía á Daniel fuera de todo peligro, aunque el temor de la muerte pudiera influir en aquel santo profeta, exaltado entonces mas y mas con el espectáculo que se le presentaba.

—He aqui, continuó, lo que Dios te envia á decir en esas palabras escritas en la pared.

MANÉ. Dios ha contado los dias de tu reinado y ha fijado su término.

THECEL. Has sido pesado en la balanza y has sido hallado muy ligero.

PHARÈS. Tu reino ha sido dividido y dado á los medos y los persas.

El jóven rey Baltasar, mas que de las palabras de Daniel, cuidó de cumplir la recompensa que le habia prometido, y de hacer que desde aquel momento fuese considerado como la tercera persona de su reino. Tocaba este ya á su término, y la profecía de Daniel iba á tener inmediato cumplimiento. Aquella misma noche los enemigos, desviando por otra parte las aguas del Eufrates, entraron en Babilonia por el cauce enjuto del río, y dando muerte al rey Baltasar y á sus defensores, se hicieron dueños de la ciudad que con todo el reino quedó por Dario, rey de los medos.

F. F. VILLABILLE.



## HISTORIA DE ESPAÑA RECREATIVA.

### XIV.

#### SISENANDO.—CHINTILA.—TULGA.

#### CHINDASVINTO.—RECESVINTO.

Contentos y ufanos los generales de Dagoberto, no solo por haber colocado en el trono á Sisenando, sino por las espléndidas presecas con que fueron recompensados, partieron de los dominios de España dejando vivas señales de satisfaccion y agradecimiento. Sisenando, dueño ya del grande objeto que apetecía, y no desconociendo la frecuente alternativa de los pueblos, y que los mismos que le habian alzado por rey podrian mañana despojarle de las soberanas insignias, y mas cuando existian partidarios de Suintila que vituperaban á voz en grito la usurpacion, pensó en buscar una traza que le pusiese á salvo de este peligro. Aprovechándose de la influencia que á la sazón gozaba el clero católico, convocó en Toledo á los principales obispos de su reino, bajo pretexto de efectuar útiles reformas en el clero, cuyas costumbres relajadas por las revueltas de los tiempos exigian nuevas formas y mejores reglamentos que cortasen los abusos que á cada paso cometian. De esta manera suelen los principes solapar sus designios, siendo muy comun ver que trabajan por el bien de todos, y solo aspiran al provecho esclusivo. Su verdadero intento era el de ver reconocida su autoridad por un cuerpo que tanto respeto infundia, y el de indicar á los prelados ciertas medidas que, enlazadas con las leyes eclesiásticas, tendiesen á asegu-

rarle en el trono que habia ocupado.

Con efecto, celebróse la junta deseada en la iglesia de Santa Leocadia, en Toledo, el día 5 de diciembre del año de 634. Cuando todos los prelados se hallaban reunidos se presentó Sisenando ciñendo sus insignias reales y acompañado de un séquito numeroso, compuesto de nobles caballeros y de altos dignatarios: es digna de mencion la hipocresia con que apareció el rey godo ante aquella respetable corporacion, y mas que nada prueba su designio de ambicion, encubierto con la capa de la cristiandad, el discurso que pronunció en presencia del clero y de la curiosa muchedumbre que invadió el templo. Hincóse de rodillas, y con manifestas señales de humildad y llorando, dijo estas palabras:

—Ved, respetables pastores, en lo que paran las regias pompas de los soberanos de la tierra; mirad al que se titula monarca de godos y españoles, puesto de hinojos ante los dignos ministros del altar, á quienes conceptua superiores. Yo, miserable pecador, tengo puesta una corona real que quiero hacerme digno de llevar, y como mis súplicas serán ineficaces por los muchos pecados que tengo cometidos, recomiendo á vosotros esta piadosa tarea, porque la voz de los padres consagrados al servicio divino, sonará mas agradablemente en los oídos de mi soberano Redentor: sin vuestro auxilio me será de todo punto imposible reinar con felicidad, pues la esperiencia me ha hecho conocer que no existen monarquias sin religion. Esta misma debe dictar leyes que invaliden la añeja costumbre que tienen los pueblos á rebelarse contra sus reyes: dictese otra por la cual los parciales del destronado Suintila, no en-



cuentren medios de elevarle segunda vez al trono que escarnecerá nuevamente con su viciosa conducta. Pongo á Dios por testigo de la buena intencion con que van encaminados mis juicios, y él me proteja y ampare.

Dicho esto, se levantó, enjugó sus lágrimas, y ocupó el asiento que en tales ceremonias están destinados á los reyes.

Semejante discurso, en el que tanto se halagaba al clero, tuvo el resultado que apetecía Sisenando. Promulgó varios cánones para la mejor disciplina de la iglesia, y terminóse el concilio accediendo á los deseos del rey; en consecuencia de lo cual, se escomulgó á Suintila, á su muger, á sus hijos y hermano, y se impusieron penas muy severas para todos los que se rebelasen contra el monarca reinante.

Sisenando reinó seis años, en cuyo corto periodo, no se turbó la paz ni un solo día; en su tiempo apareció la coleccion de leyes góticas, llamadas el *fuero juzgo*. Preciso es confesar que la fama de Sisenando se hubiera hecho mas estensiva y contemplado con mas risueños colores, si no hubiera baldonado su memoria con la fea mancha de la usurpacion. Sisenando murió de su enfermedad natural en Toledo, veinte dias despues del año del Señor de 633.

Por fallecimiento de Sisenando, ocupó el trono Chintila, el cual, conformándose en todas sus partes al reglamento poco antes indicado, llamó á los prelados á Toledo á fin de que confirmasen su eleccion, cuya ceremonia se efectuó con la misma pompa y solemnidad que la anterior. Los padres de la iglesia, al ver la directa intervencion que tenían en estos asuntos, procuraron estender sus facultades, y no satisfechos con las leyes promulgadas en el cencilio anterior, decretaron otra que tenía por objeto disponer que, en adelante, no pudiese ser elevado al trono ningun godo que no fuese de sangre noble; y ademas quedaban sujetos á la escomunion todos cuantos candidatos intentasen nombrar rey por medios ilegítimos.

La celebracion de este y otros concilios fué la única cosa memorable que ocurrió en el reinado de Chintila; y no era de esperar otra cosa, porque limpia la España de enemigos forasteros, y reprimidos los naturales con semejantes leyes, la nacion caminó próspera y pacífica, pasando mucho tiempo, sin que se espermentase en ella alteraciones ni alborotos. Chintila reinó cuatro años, al cabo de los cuales falleció de su muerte natural, es decir, el año de 639.

El lugar de Chintila le ocupó Tulga, «mozo en la edad, dice Mariana, pero en las virtudes viejo.» Su mas distinguida inclinacion, y la que verdaderamente honra su memoria, fué la caridad que ejerció con los pobres, á los cuales socorria con frecuencia y mano generosa; pero su condicion pacífica y blanda, y la inespriencia tan natural á los pocos años, contribuyeron bastante á que en varias ocasiones se alterase la paz del reino, y á que la gente atrevida y licenciosa abusase muchas veces de su clemencia quebrantando las leyes.

Flavio Chindasvinto, que tenía á su cargo la gente de guerra, y que por sus buenos é importantes servicios y por su mucho valor era muy querido de las tropas, se acercó á Tulga en cierta ocasion y le dijo:

—Menos blandura, señor; no conocéis al pueblo godo, y la tolerancia estremada que con él ejercéis no es la que mas le conviene.

—Chindasvinto, repuso Tulga; aprecio en mucho tus observaciones; pero las conceptuos innecesarias en este momento. Yo no puedo variar de condicion, y la clemencia será la que me guie en todas mis operaciones.

Y volviendo la espalda, dejó solo á Chindasvinto, sin concederle tiempo para responder. Resentido el amor propio del militar, y no ignorando el ascendiente que tenía entre los soldados, se alejó de la regia estancia diciendo:

—Jóven rey, ya conocerás quien es Chindasvinto, y verás que no perdona ni aun á su rey un desprecio innerecido é insultante.



Todo daba señales inequívocas de que pensaba rebelarse contra Tulga; tuvosin embargo momentos en los que se acordó de los concilios celebrados, y de las penas rigurosas que imponían á los revoltosos usurpadores; pero recapacitando sobre la superioridad de su ejército, no se desanimó con respecto á la trama, y se decidió á llevarla á cabo.

Habló á los gefes principales de las tropas; demostróles la impotencia del soberano Tulga para el mando de gente tan soberbia y resuelta, y consiguió atraerlos á su favor: algunos prelados de importancia entraron en la conjuración, y cuando Chindasvinto conceptuó bien maduro su plan, reunió todas las tropas y mandó que se formasen en las afueras de Toledo. En seguida pasó al palacio del rey, y en términos afables le rogó que le acompañara para que se dignase ver sus soldados y admirase su estado de disciplina y brillantez.

Tulga se ciñó las insignias reales, montó á caballo, y se dirigió al campo acompañado de Chindasvinto, y seguido de un séquito tan brillante como numeroso. Cuando las tropas le divisaron comenzaron á gritar y á lanzar denuestos contra el joven soberano, quien no entendiendo lo que decían se acercó mas, interpretando estas exclamaciones como energías demostraciones de un ejército que le amaba.

—¿Dónde vais, señor? díjole un noble de los que le acompañaban: ¿No escuchais lo que dicen los soldados; ausentaos; vuestra vida corre gran peligro.

Este suceso, que puede muy bien compararse con cualquiera de nuestros modernos pronunciamientos, mas militares que populares, fué un terrible desengaño para el joven Tulga, quien volviéndose á Chindasvinto, le dijo:

—Mucho me ponderaste la disciplina y brillantez de las tropas: están brillantes; pero no disciplinadas.

—Mucho siento, contestó Chindasvinto, que ahora sintais las consecuencias del desprecio que me hicis-

teis cuando quise daros un buen consejo.

—¿Me destronan?

—Os destronan, repitió Chindasvinto.

—¿Quién me sucede?

—Lo escuchareis muy pronto, respondió Chindasvinto acercándose á las tropas. Luego con voz de trueno exclamó:

—¿Quién es vuestro rey?

Y el ejército exclamó alborotado:

—¡Viva Chindasvinto! ¡Muera Tulga!

El destronado volvió grupa y se escondió en su palacio; pero poco tiempo despues se vió cercado por el ejército y el pueblo. Entró Chindasvinto en la régia estancia seguido de algunos nobles y prelados y buscó á Tulga, el cual exclamó al ver á su enemigo:

—¿Qué me quieres? ¿No te has contentado con destronarme? ¿Quieres tambien privarme de la vida?

—No, repuso Chindasvinto con magestad: vengo á que deposites en mis manos las insignias reales que ya no te pertenecen: el pueblo quiere que yo las ciña.

Tulga miró á los que le rodeaban, entristeciéndose su juvenil fisonomía, y aun se vieron rodar dos lágrimas por sus sonrosadas mejillas.

—Hasta el clero me ha sido traidor, dijo entre dientes. Feliz mil veces el que se retira á la vida privada, y no se constituye en soberano de gente que solo ama á los verdugos y á los opresores.

En seguida echó mano á la corona, y entregándola á Chindasvinto, decía:

—Toma; quiera el cielo que tu cabeza no se rinda con su peso.

De esta manera se fué despojando de todas sus demas insignias, y entregándolas á Chindasvinto que las recogía con estremado regocijo acompañado de un orgullo insultante, que en vez de indignar al destronado le llenaba de triteza.

—Tulga, que se vió sin el atuendo regio que tanto habia halagado su juventud, comenzó á llorar y exclamó:

—Bien; ya he cumplido mi misión en la tierra; yo me avergonzaria de vivir entre los nobles despues del mo-



do ignominioso con que me han arrebatado el mando.

Y dirigiéndose á un prelado, añadía:

—Llevadme, padre, á la privada mansion de un monasterio, donde aca-

be tranquilamente la vida, lejos de la agitada y revoltosa muchedumbre.

Con efecto, Tulga acabó su vida en el estrecho recinto de un claustro.

Chindasvinto llevó con mano firme



TOMA; QUIERA EL CIELO QUE TU CABEZA NO SE RINDA CON SU PESO.

las riendas del gobierno, castigando con severidad á todos cuantos se habían negado á obedecerle á causa de la injusta usurpacion. Contra el uso y deseo de los godos, asoció al mando á su hijo Recesvinto, lo que tambien dió lugar á varias alteraciones que bien pronto se sofocaron.

Falleció Chindasvinto, y su hijo Recesvinto le sucedió, titulándose esclusivo monarca de los godos. Semejante trasmision disgustó sobremanera al pueblo, y Froya, personage de cuenta, juntó una poderosa hueste de vascongados, y se rebeló contra el rey, pro-

clamando el antiguo derecho de eleccion; pero fué completamente derrotado por su rival, y muerto en el mismo campo de batalla.

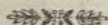
Recesvinto fué muy querido de los eclesiásticos por las muchas mercedes que les hizo; moderó los tributos del pueblo, y su soberanía fué haciéndose menos odiosa con tales disposiciones.

Su padre había reinado seis años y ocho meses; el hijo algunos meses mas sobre veinte y tres años, falleciendo de edad muy avanzada.

I. A. BERMEJO.

## ESTUDIOS RECREATIVOS.

JUANA DE ARC.



X.

(Conclusion).

En una tienda del campamento francés están Dunois, el arzobispo, y Duchatel; el segundo se dirige á Dunois, á quien veía pesaroso, y le dice:

—Príncipe, no aumenteis vuestro sombrío pesar: venid con nosotros; volved hacia vuestro rey, y no abandonéis la causa común en un momento en que somos nuevamente atacados por los enemigos, y tenemos necesidad de un héroe.

—¿Y por qué somos nuevamente atacados por los enemigos? respondió Dunois. ¿Por qué se ha rebelado? Todo estaba ya terminado, y la Francia se encontraba victoriosa; habeis desterrado á la que nos había salvado, y yo no puedo tornar al campo donde ella no está.

—Recapacitad lo que haceis, dijo Duchatel; no nos enviéis con semejante respuesta.

—Callaos, Duchatel, exclamó Dunois: os aborrezco; nada quiero escuchar de vos, porque sois el primero que habeis dudado de la doncella.

—¿Y quién no hubiera dudado, interrumpió el arzobispo; todos los siglos se manifestaron contra ella; estábamos sorprendidos, turbados; ¿quién no hubiera titubeado en un momento tan terrible? Ahora que recobramos la razón, vemos á esa desventurada joven tal como ella es, sin ninguna señal de vituperio; nos arrepentimos de haber hecho una grande injusticia; el rey se arrepiente. La Hire no halla

consuelo, y la tristeza se encuentra en todos los corazones.

—¡Ella una impostora!.... exclamó Dunois. Si la verdad quisiera aparecer bajo una forma visible y corporal, se presentaría con las facciones de esta desgraciada joven.

—Muestre el cielo un milagro, dijo el arzobispo, que ilustre este misterio que no pueden penetrar nuestros ojos terrestres; pero de cualquier modo que sea somos culpables.

Las palabras del arzobispo fueron interrumpidas con la llegada de un caballero, que penetrando en la tienda, dijo á Dunois que un pastor deseaba hablar con él de parte de la Doncella. Dunois se levantó como espantado, y mandó que al punto entrase ese pastor; poco despues entró Raimundo, y Dunois se puso delante preguntando: —¿Dónde está? ¿Dónde está la Doncella?

—Yo os saludo, noble príncipe, dijo Raimundo inclinando la cabeza. Me creo feliz hallando á vuestro lado á este piadoso obispo, á este santo varón, protector de los oprimidos, padre de los desgraciados.

—¿Dónde está la Doncella? volvió á preguntar Dunois.

—Sí, responde, hijo mío, dijo el arzobispo.

—Señor, contestó Raimundo; no es una hechicera, os lo juro en nombre de Dios y de todos los santos; el pueblo está en un error. Vosotros habeis desterrado la inocencia y echado á la enviada del cielo.

—¿Dónde está? interrumpió Dunois; habla.

—Yo la he acompañado en su fuga al través de los bosques de las Ardenas: allí me ha revelado el fondo de su alma. Quiero morir en medio de los



mas crueles tormentos, y renunciar á mi salvacion eterna si ella no es pura como los ángeles del cielo.

—El mismo sol, interrumpió Dunois, no se manifiesta tan puro en el cielo... pero ¿dónde se halla? habla.

—¡Ah! si el cielo ha cambiado nuestro corazon, precipitao á salvarla: se halla prisionera... en poder de los ingleses.

—¡Prisionera! exclamó Dunois; ¿cómo?...

—En las Ardenas, donde buscábamos un asilo, fué cogida por la reina Isabel y entregada á los ingleses. Salvada de una muerte horrorosa, vosotros que tambien fuisteis salvados por ella.

—¡A las armas! gritó Dunois... ¡Vamos! ¡Suenen el tambor el toque de guerra: conduzcamos todas las tropas al combate; que toda la Francia tome las armas; el honor suyo está empeñado; espongamos nuestras vidas en su defensa, y antes que oscurezca el dia, salvemos á la Doncella de Orleans.

Y diciendo esto desnudó la espada y salió precipitado de la tienda, y cuantos le rodeaban le siguieron.

## XI.

En una torre sombría y lóbrega, donde solo hay una ventana bastante elevada, está Juana encerrada y á su lado Lionel y Falstolf; este último acaba de entrar presuroso y diciendo:

—No se puede contener al pueblo; pide furioso la muerte de la Doncella; en vano resistis; matadla y echad su cabeza desde lo alto de esta torre si quereis apaciguar la alarma.

A este tiempo entró Isabel y dijo:

—La muchedumbre está poniendo escalas y quieren tomar la torre por asalto; satisfacéd al pueblo, puesto que ya no podeis protegerla ni salvarla.

—Que suban, dijo Lionel; yo estoy aqui para protegerla.

Despues, dirigiéndose á Juana, prosiguió.

—Te han espulsado tus conciudadanos, y te encuentras emancipada de los deberes hácia tu indigna patria;

los cobardes que aun te aman te abandonan, y no se atreven á combatir por tu honor; pero yo te defenderé contra tu pueblo y contra el mio. Cierta dia me hiciste creer que mi vida te era querida; entonces yo combatia contra ti como enemigo, mas hoy no tienes mas amigo que yo.

—Tú eres el enemigo de mi pueblo y te aborrezco, dijo Juana; nada puede haber comun entre nosotros, ni yo puedo amarte. Sin embargo, si tu corazon experimenta alguna inclinación hácia á mi, muéstrate bienhechor de mi pueblo. Conduce tu ejército lejos del suelo de mi patria, devuelve las llaves de las ciudades que has conquistado, restituye el botin, da libertad á los prisioneros, y yo te ofrezco la paz, en nombre de mi rey.

—¿Qué es esto? interrumpió Isabel. ¿Quieres dictarnos leyes cuando te encuentras rodeada de cadenas? ¿Cómo soportais, Lionel, la arrogancia de esta insensata?

A este tiempo entró un capitán corriendo y exclamó dirigiéndose á Lionel:

—Preparaos, señor, para disponer al ejército en órden de batalla. Los franceses se acercan con sus banderas desplegadas.

—¡Los franceses se adelantan! exclamó Juana con entusiasmo. Ahora, orgullosa Inglaterra, corre á la pelea; ya es tiempo de combatir.

—¡Insensata! exclamó Falstolf; reprime tu alegría. Juro que no has de ver el fin del dia.

—Mi pueblo será victorioso y yo moriré; los valientes no tienen necesidad de mi brazo.

—Desprecio á esos hombres sin fuerzas, dijo Lionel; en veinte batallas, antes que esta heroína combatiere por ellos, los hemos visto huir espantados delante de nosotros... Venid, Falstolf; vamos á prepararles una segunda jornada; y vos, reina, quedad en esta torre custodiando á la Doncella hasta que se haya decidido el combate. Os dejo cincuenta caballeros para que os protejan.

—¡Cómo! exclamó Falstolf; ¿iremos á ponernos delante del enemigo, dejando detrás á esta desgraciada?



—¿Puede asustarte una muger encadenada? preguntó Juana.

—Juana, dijo Lionel; dame vuestra palabra de no escaparos.

—Mi único deseo es recobrar la libertad.

—Cargadla de triples cadenas, dijo Isabel; yo respondo entonces que no se escapará.

El mandato de la reina fué cumplido, y Juana fué de nuevo cargada de hierros, al paso que Lionel la decía:

—Tú lo quieres; tú nos obligas á usar de tanto rigor; tu suerte depende de tí... Renuncia la Francia, lleva la bandera inglesa y serás libre, y estás furiosos que piden tu sangre estarán pronto á tus órdenes.

—Ahorra palabras; los franceses se acercan, y es menester que te defiendas, respondió la Doncella.

Con efecto, sonaban tambores y trompetas llamando á las armas, y Lionel salía de la torre corriendo y desenvainando la espada. Falstolf, antes de salir, dijo á la reina:

—Ya sabéis lo que teneis que hacer si la suerte se declara contra nosotros, si nos veis huir...

—Sí, dijo Isabel sacando un puñal; no temais nada; no vivirá para ser testigo de nuestra derrota.

—Ya sabes lo que te espera, dijo Falstolf á Juana, ruega á Dios para que tu pueblo sea vencido si no quieres morir.

Y diciendo esto, saludó á la reina y salió detrás de Lionel. Isabel quedó con Juana; algunos soldados discurrían también por aquel aposento lúgubre.

—Eso es lo que haré, observó tranquilamente Juana; ¿quién podrá impedirme? Escuchemos. Esa que se oye es la marcha guerrera de mi pueblo, que resuena con entusiasmo en mi corazón, y me anuncia la victoria. ¡Muera la Inglaterra! ¡Viva la Francia! ¡Adelante, mis valientes! La Doncella está cerca de vosotros, aunque no puede, como en otro tiempo, llevar la bandera delante de vosotros.

Isabel se dirigió á un soldado y le dijo:

—Sube al terrado de esta torre, y dime el estado de la batalla.

El soldado subió por una escalera inmediata, y se colocó en el terrado, desde cuyo punto veía á la reina y podía decirle cuanto presenciaba.

—¡Animo, pueblo! gritaba Juana. Sea este el último combate.

—¿Qué ves? preguntó Isabel al soldado.

—Ya están cerca de la fortaleza: un hombre montado en un brioso caballo, y cubierto con una piel de tigre se lanza delante de los guerreros.

—Es el conde Dunois, dijo Juana. ¡Animo, valiente guerrero! ¡Tuya será la victoria!

—El duque de Borgoña se presenta también, dijo el soldado.

—¡Traidor! exclamó Isabel; permita el cielo que le atraviesen el corazón!

—Lord Falstolf hace una varonil resistencia, prosiguió el soldado; las gentes del duque y los nuestros echan pie á tierra y combaten cuerpo á cuerpo.

—¿Ves al Delfín? preguntó Isabel. ¿No distingues sus insignias reales?

—Todos aparecen envueltos en una espesa nube de polvo; ya no distingo nada.... Pero cerca del foso se advierte una terrible pelea. Me parece que los mas valientes combaten por este lado.

—¿Flota nuestra bandera todavía? preguntó Isabel.

—Aun flota, señora, contestó el soldado.

—¡Oh! exclamó Juana; ¿que no pueda yo presenciar el combate!...

—Desgraciados de nosotros! gritó el soldado; ¿qué miro? nuestro general está en poder de los enemigos.

No bien habia el soldado acabado de pronunciar estas palabras, cuando Isabel levantó el puñal sobre Juana diciendo:

—¡Muere desgraciada!

Pero el soldado gritó al mismo tiempo.

—¡Ya esta libre! El valiente Falstolf ha tomado la retaguardia del enemigo y penetra por medio de sus mas gruesos batallones.

Isabel escondió el puñal diciendo:

—Tu ángel ha pronunciado esas palabras.



—¡Victoria! ¡Victoria! gritó el soldado, que huyen.

—¿Quién huye? preguntó Isabel.

—Los franceses, los borgoñones.

—¡Dios mío! exclamó Juana, no me abandoneis.

—Aquí traen á un hombre gravemente herido, dijo el soldado..... Es un príncipe.

—¿Es de los nuestros? preguntó Isabel.

—Le han quitado el casco..... ¡es el conde Dunois!

—¡Y yo no soy mas que una muger encadenada! exclamó Juana asiendo los hierros con fuerza convulsiva.

—¿Qué veo! ¿Quién trae un manto azul celeste bordado de oro?

—¡Mi señor! ¡Mi rey! dijo Juana con prontitud.

—Su caballo se ha asustado y le ha tirado á tierra; se levanta con trabajo. Los nuestros se lanzan á toda prisa y se acercan á él.... Le cogen; se lo llevan.

—¡Oh! el cielo no tiene ya ángeles, exclamó Juana.

—El momento ha llegado, dijo Isabel con mofa á Juana. Tú que puedes salvarle, sálvale.

Juana se hincó de rodillas y se puso en oración, y decia con voz triste y lastimera:

—Dios mío: escucha estas palabras en lo extremo de mi dolor; todo lo puedes; haz que se rompan estas cadenas; tú socorríste á Sanson cuando se hallaba ciego y encadenado soportando la burla de sus orgullosos enemigos; con su confianza en tí, asió fuertemente los pilares de su prision y derribó el edificio.

—¡Victoria, victoria! gritó el soldado.

—¿Qué sucede? preguntó Isabel.

—El rey está prisionero, respondió el soldado.

—Dios me favorezca, dijo Juana levantándose.

Cuenta la tradicion que asió con fuerza las cadenas y que las rompió; al mismo tiempo se precipitó sobre el soldado, le quitó la espada y salió fuera de la torre, dejando á todos estupefactos. Isabel dijo despues de un momento de silencio:

—¿Qué es esto? ¿Es un sueño? ¿Dónde ha huido? ¿Cómo ha roto las cadenas? Aun cuando todo el mundo lo confirmase, no lo creeria á no haberlo visto con mis propios ojos.

—¿Tiene alas esta muger? preguntó el soldado.

—Habla, dijo Isabel. ¿Está fuera?

—Y en medio de la pelea. La veo en muchos sitios á un mismo tiempo; todo desaparece delante de ella; los batallones franceses se forman y organizan de nuevo... ¿Qué veo? Nuestras tropas arrojan las armas y abandonan sus banderas.

—¿Cómo! exclamó la reina. ¿Nos quitará una victoria que ya era cierta?

—Penetra hasta cerca del mismo rey; le coge, le saca fuera del combate. Lord Falstolf sucumbe, el general ha caído prisionero.

—No quiero oír mas... baja.

—Huid, reina; los franceses se aproximan á la torre.

El soldado baja, al mismo tiempo que Isabel desnuda su espada y dice á los soldados:

—¡Combatid, cobardes!

Pero entraron La Hire y muchos soldados, y los de la reina entregaron sus armas y se rindieron. La Hire se acercó respetuosamente á la reina y la dijo:

—Señora: someteos á la fuerza; vuestros caballeros se han entregado, y toda resistencia es inútil: aceptad mis servicios... ¿Dónde queréis que os conduzca?

—A cualquiera parte, con tal que yo no vea al Delfín.

Isabel entregó su espada, y siguió á La Hire con los demas soldados.

## XII.

Mientras que todo esto ocurría en la torre, en el campo de batalla donde se hallaban el rey, el duque de Borgoña, Inés, Juana y las tropas victoriosas de Francia, el rey y el duque de Borgoña sostenían en sus brazos á Juana mortalmente herida. Inés corría precipitadamente, y exclamó echándose en los brazos del Delfín:

—¡Sois libre! ¡Vivís!



—Soy libre; pero á este precio; y señaló á Juana.

—¡Juana! exclamó Inés; ¡Dios mio! ¡Ella espira!

—No hay remedio, dijo el duque; veremos morir á un ángel. La luz del cielo refleja en sus facciones; pero aun está caliente su mano, y esto es un signo de vida.

—No hay remedio, dijo el rey, su mirada no volverá á contemplar las cosas terrestres; ya no puede ver nuestro dolor ni nuestro arrepentimiento.

—¡Abre los ojos! dijo Inés. ¡Vive!

Juana se incorpora con trabajo y mira en su derredor diciendo:

—¿Dónde estoy?

—En medio de tu pueblo, respondió el duque; con los tuyos.

—Y en los brazos de tu amigo y de tu rey, añadió el Delfín.

—No soy hechicera... os lo juro... Con efecto; estoy entre los míos; no

soy ya ni despreciada, ni proscripta. ¿No me maldice nadie? ¿Me miran con bondad? Si; todo lo conozco ahora. Este es mi rey; aquellas son las banderas de Francia; pero no veo la mía. ¿Dónde está? Yo no puedoirme sin mi bandera.

—Dadle su bandera, dijo el rey volviendo el rostro.

Le presentaron la bandera, y Juana se puso de pie con su bandera en la mano.

—El cielo me abre sus puertas de oro, continuó Juana; ¿qué pasa por mí? Desaparece la tierra ante mis ojos... ¿Qué corto es el dolor! ¡La alegría es eterna!

La bandera cayó de sus manos, y ella también cayó muerta; todos cuantos estaban presentes la rodearon dando señales del mas vivo dolor. Sin embargo, la Francia se había salvado.

FIN.

## COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

### DE LOS JUEGOS INFANTILES

DEL ARO Y DE LA PERINOLA,

**Y SU DERIVADO CALISEÑO.**

Al arito de oro,  
de plata y marfil,  
jugaban los niños;  
y Peco el Mastín,  
tras ellos corriendo,  
topó contra mí,  
y besando el suelo  
el aro cogí.  
(Vargas Castellanos.)

Recordar los juegos de la infancia es para el hombre sensible una satisfacción dulce y amarga á la vez, por cuanto que el placer mismo que produce la memoria de aquellos felices días, en que la diversion fué nuestra divinidad tutelar, nos atrae el dolor que nos causa el habernos alejado de

ellos. Es indudable que la cuna y la sepultura son dos mellizas que nacen con el hombre y por el hombre, pero entre una y otro existe ese cortísimo espacio, en medio del cual, entre multitud de pesares y desgracias, se columbran dos puntos luminosos, símbolos de una instantánea felicidad terrestre el uno, y de una vida eterna el otro; el primero es la infancia en sus goces, única y verdadera felicidad mundana, por cuanto que libre de los remordimientos de la conciencia, se entrega entera á goces inocentes, que son tanto mas preciosos, cuanto que pasan con demasiada rapidez; para disfrutar la dicha del segundo, que es la suprema felicidad de los mortales, ó es preciso que la muerte les alcance en aquellos infantiles goces, en cuyo caso solo se nace para el cielo, ó que no se pierda el estado de la inocen-



cia, ó que la penitencia y el arrepentimiento borre los deslices de nuestra vida antela misericordia de Dios. Esta, hijos míos, es en compendio la historia de la felicidad del hombre al atravesar el cortísimo espacio que tiene que recorrer desde la cuna al sepulcro, y puesto que os hallais en el primer punto, disfrutad de los inocentes juegos que os seducen y embelesan, antes que la edad os haga dar un paso mas para alejaros de ella, y dar principio á los pesares de la vida.

De los primeros juegos de la infancia merecen entre los niños la primera atención los *del aro* y la *perinola*, simbolo el uno de la unidad y omnipotencia de Dios que no tiene principio ni fin, razon por la que los antiguos espresaron con este signo la sabiduría divina, y atribulo la segunda de la debilidad humana, que necesita del impulso y del apoyo de la divinidad para sostenerse, cayendo en el momento que le falta. No parece si no jue al inspirar Dios estos juegos á los niños quiso enseñarles su primer deber, que es el de honrarle y conocer su misericordia, al paso que exigiéndoles el ejercicio que les fortalece y da agilidad en el del otro, les recomienda el descanso y atención en el de la perinola para que adquieran despejo y penetración con el estudio.

El juego del aro es uno de los mas antiguos entre los que forman la diversion de los niños en cuanto empiezan á andar, pues que se sabe por los autores que ya le usaron los griegos, que lo aprenderian de los egipcios, entre cuyos geroglíficos se ve con frecuencia este instrumento notado tambien en las manos de las figuras de este pais, si bien siempre como simbolo religioso. Rodrigo Cano dice en sus dias geniales, que el aro de los niños antiguos era una especie de máquina compuesta de circulos de fierro con un anillo en el centro del que pendia una campanilla, y que impelida la maquinilla con un instrumento llamado *asa*, daba vueltas y corria velozmente, produciendo un suave pero agudo sonido. El célebre Horacio describe el juego de la misma manera en la oda 3,

de su libro 24, pues que no es otro el instrumento que denomina *Atilo Eusilisia*, del que trataron tambien *Oribasio* en el libro 6 de sus *Colectaneos*; *Mercurial* en el libro 3, cap. 8 de su *Gimnástica*, y *Marcial* en el libro 14, epigrama 136, en la que dice:

*Garrulus in laxo curannulus orbe vagatur,  
Cedet ut angulis obvia turba trochis.*

Empero el aro á que se refiere *Marcial* llamado *trochus* diferenciaba algo del de los griegos segun se ve en el tom. 8, láminas. 6 y 45 de las pinturas halladas en las escavaciones de *Herculano*, consistia en un aro metálico que llegaba á la barba á los niños de cinco á seis años, con dos ó tres anillos engastados en él, á fin de que hiciesen ruido al paso que rodase. El anticuario *Caylus* explica tambien este instrumento de juego infantil, que siguió usándose hasta por los godos, siendo tambien el que ha dado y da agilidad á los niños de los musulmanes que le juegan con mucha destreza, teñiéndole, asi como los romanos y nosotros, como un buen medio gimnástico de que adquieran agilidad los niños.

Si no precisamente con aro preparado al efecto, este juego de ejercicio infantil se ha practicado siempre en España, ya con ruedas, ya con aros de juncos ó de madera; pero la moda de algunos años á esta parte ha engalanado este instrumento infantil forrándole de telas de color con galones de oro y de plata y plagándoles de cascabeles, el cual se juega por los niños echándole á rodar en los paseos y siguiéndole con alegría y algazara, dándole con una varilla á propósito para sostenerle sin caer á la mayor distancia posible. Algunas veces se combinan los niños para el juego de dos en dos apostando, ya al que le conduce rodando mas largo trecho, ya al que pone su aro en la carrera encima de el del otro. De todos modos esta inocente y útil diversion, alegra á los niños y les entretiene divirtiéndolo á los que les acompañan.

El juego de la perinola puede ser infantil ó de suerte segun la forma del



instrumento. Si se compone de una rodaja atravesada por un palito acabado en punta por la parte inferior, que se baila retorciendo este con los dedos, y soltándola sobre una mesa ó en el suelo, de modo que quede dando vueltas sobre su punta, en este caso solo sirve para diversion infantil, en la que se prueba la vida que la da el impulso que recibió de los dedos, que se calcula por el tiempo que tarda en acabar su baile. Si se juega por dos y con dos perinolas, gana aquel que por mas tiempo hizo bailar la suya ó el que logró apagar la del contrario.

El juego titulado caliseno de que nos habla Julio Polux, no es mas que una variacion de la perinola, que solo consiste en la diferencia del instrumento puesto, que en este es una moneda que se baila de canto, siendo el ganancioso el que por mas tiempo logra tenerla en movimiento, lo mismo que en aquella, diversion que dice practicaba mucho la bella Phryné, cosa que confirma Plutarco al hablar de Pherecrates cuando nos dice en su libro de música:

*Ppyuci peculiarem insmitens turbineu.  
Flectendo me, et versando totum perdidit.*

Este modo de jugar á la perinola con una moneda es muy comun; en nuestros tiempos, en que se usa muy frecuentemente para divertir y entretenir á los niños de corta edad á fin de que se estén quietecitos por algun tiempo al lado de una mesa, y pocos de los que esto lean habrán dejado de ver dar vueltas en su infancia á las monedas, juego que no podrán menos de recordar con placer, repitiéndosele á sus queridos pequeñuelos.

La perinola para el juego de suerte que se ejecuta, tanto por los niños cuanto por los adultos, es, segun el diccionario de la lengua castellana de nuestra real academia, una pieccecita de madera de cuatro caras iguales que remata en punta, plana por arriba y con un palito delgado en medio. Del propio modo que lo infantil se toma con dos dedos, y retorciéndole con ellos se suelta sobre una mesa, en la que baila mientras la dura el impulso que

se la dió. En cada una de las cuatro caras se ven marcadas una de las letras S. P. D. T., que significan: *Saca, Pon, Deja, Todo*. Si al acabar de bailar cae la perinola manifestando la S sobre la cara que queda hacia arriba el jugador saca un tanto de lo que se juega, y si es la T gana todo lo puesto, pero si es la P, tiene que poner otro tanto de lo que se juega, y si la D, ni gana, ni pierde; siendo á este juego al que se refiere el satirico y festivo Quedo en el baile 6 de su musa 5, cuando dice:

Yo bailo á la Perinola,  
Y en cuatro letras señalo  
Saca y Pon y Deja y Todo,  
Con que robo por ensalmo.

Este modo de jugar la perinola, cuyo origen se deriva de la taba, segun se deduce del escritor Augusto en Suetonio Tranquilo, cuando al describirle dice: *Quos tollebat universos, qui venerem fecerat*, fué ya conocido de los griegos, de quienes le tomaron los romanos, y de estos los modernos. Las letras en el juego antiguo eran las mismas que en el de hoy; pero á la T se denominó *Venus* y tambien *Coo*, *Suppo*, *Basilisco*, ó *Midas*, que venia á ser el *Carne* ó *Rey* en el de la taba, y el que obtenia esta suerte ganaba el juego como entre nosotros. La P se denominó *Canci* ó *Canicula* ó *Senion*; y tambien *Plano*, *Vulturio*, *Chio* y *Asiao*, y el que la sacaba perdía, y los lados señalados con D ó S eran suertes medias ó indiferentes que correspondian al terrion ó cuaterrion de la taba. La perinola de letras sirve muchas veces á los muchachos para echar suertes en sus demas juegos, en vez de los medios comunes de las chinas y de las caras de que hablaremos en otro artículo, y en cuanto á la de rodaja ó infantil, hablamos que no hace muchos años se jugaba por nuestros niños, y aun la costumbre nos ha llegado, entonando este estribillo:

A la perinola  
De Anton Perulero,



Que baila ella sola  
Siempre que yo quiero:  
Perulero Anton,  
Anton Perulero.

El que mas veces repelia este cantar sin que dejase de bailar su perinola, aquel ganaba entre los que jugaban.

Tal vez habrá otros modos de jugar el aro y la perinola, de que acabamos de tratar tan ligeramente, pero como los ignoramos, suplicamos a los ama-

bles niños, para quienes escribimos, que si sabe alguno le enseñe á sus compañeros, haciéndoles entender la moral que encierran ambos juegos, símbolos de cosas venerables, que les encargamos no olviden nunca ni dejen de adorarlas, en la inteligencia de que, solo considerando sobre ellas, pueden ponerse en estado de alcanzar la verdadera y única felicidad á que pueden aspirar.

B. S. CASTELLANOS.

## LA CATEDRA EN EL CAMPO,

### O SOLACES DE UNA FAMILIA PROSCRIPTA.

#### MITOLOGIA.

##### XIII.

(CONTINUACION.)

**DIOSES SUBALTERNOS.** *Comus* Como era el dios de la alegría, de los festines, de las danzas nocturnas y de la compostura: la estatua de Como estaba colocada á la puerta del aposento nupcial. Joven y coronado de flores, tenia una antorcha en la mano derecha, y apoyaba la otra sobre una estaca.

*Esculapio*, dios de la medicina, era hijo de Apolo y de Coronis que le dió á luz en las cercanías de Epidauro, ciudad del Peloponeso. Fué educado por el centauro Quiron, quien le enseñó las propiedades de las plantas. Se le representaba bajo la forma de un anciano de larga barba, apoyado sobre un palo, y en el cual se enroscaba una serpiente: tambien le consagraban el gallo.

*Fauno* era hijo de Pico, rey de los latinos, y nieto de Saturno. A su ejemplo se dedicó durante su reinado á ha-

cer florecer la agricultura, y despues de su muerte se le colocó en el número de los dioses del campo de Fauno; considerado como el dios de los pastores, descienden las Faunos genios de los campos y las praderas.

*Hipócrates*, hijo de Isis y de Osiris, era el dios del silencio. Su culto pasó desde los egipcios á los griegos. Se le representaba bajo la forma de un joven medio desnudo llevando una corona en una mano, y poniéndose un dedo en la boca. Su estatua se colocaba á la entrada de la mayor parte de los templos. Entre los romanos, era la diosa *Augerona* la que presidía el silencio.

*Penates*, *Lares*, *Genios*. Ademas de las divinidades que honraban los paganos con un culto público, cada ciudad, cada casa, cada hombre, tenia sus dioses domésticos, á los cuales se dirigian para sus asuntos personales, y á los que invocaban como á sus patronos en sus necesidades, y en sus peligros. Los de las ciudades se llamaban *Penates*; se daba el nombre de *Lares* á los de las casas, y el de *Genios*, á los que velaban sobre la vida y la conducta de cada uno.

Las ciudades escogían comunmente sus Penates entre las diferentes clases de las divinidades del cielo, del mar, de la tierra y de los infiernos, como á Júpiter, Vesta, Neptuno, Minerva, y otros.



EL CENTAURO QUIRON.

Los dioses Penates que Eneas salvó del incendio de Troya, y que llevó á Italia, eran el fuego sagrado, simbolo de Vesta, y dos figuras de jóvenes sentados y armados cada uno de una lanza: otras ciudades, otros territorios, tenían tambien en particular sus dioses Penates, cuyas estatuas colocaban en los lugares mas secretos. Se les levantaban altares, delante de los cuales se tenían lámparas encendidas; se les ofrecía incienso, vino, y algunas veces se les inmolaban corderos y ovejas; se tenía gran cuidado de tenerlos limpios y de perfumarlos, especialmente en los días en que se les honraba con alguna fiesta, lo que sucedía todos los

meses. Sin embargo, han confundido algunas veces los dioses Penates con los dioses Lares: aquellos eran los guardas de las calles, de los caminos y las casas. Respecto á los Lares domésticos ó de las casas, cada particular arreglaba el culto á su voluntad. Le representaban bajo la forma de un perro, ó vestido con una piel de perro, porque este animal vigila á la puerta de las casas. Le ofrecían continuamente vino, incienso, flores y frutos, y en ciertos días, le sacrificaban un puerco ú otro animal le situaban ordinariamente cerca de la fogata, ó detrás de la puerta, y estaban persuadidos que esta divinidad, librería á la



casa de toda especie de daño, especialmente de los espíritus maléficos. Cada hombre tenía también su genio ó su demonio, que asistía en el instante de su nacimiento, y que velaba sobre él durante todo el curso de su vida. Le debían libaciones, flores y

frutos, y era especialmente considerado como el autor de las sensaciones agradables, de lo cual nació aquella especie de proverbio de los latinos, *genio indulgere*. Se creía que todos los hombres tenían dos genios; uno bueno, principio del bien, y otro malo



NEPTUNO.

que inspiraba el mal. Las *Musas*, en número de nueve, hermanas de Apolo, é hijas de Jupiter y de Mnemosina (la memoria), eran *Elio*, *Talia*, *Melpomene*, *Euterpe*, *Terpsicore*, *Erato*, *Polimnio*, *Urania* y *Caliope*. Todas presidían las ciencias y las artes; Elio, la historia; Talia, la comedia; Melpomene, la tragedia; Euterpe, la música; Terpsicore, el baile; Erato, la poesía erótica; Polimnia, la oda y la elocuen-

cia; Urania, la astronomía; Caliope, la epopeya. El Parnaso, el Helicon, el Pindo era su acostumbrada residencia. El caballo *Pegaso* pastaba al pie de estas montañas. Las representaban jóvenes, modestas, sencillamente vestidas, estando al frente de todas ellas Apolo con una lira en la mano y coronado de laurel.

*Momo*, dios de la mofa y de los chistes, era hijo del sueño y de la noche;



ni aun los mismos dioses se escapaban de sus sarcasmos, y por eso le echaron del cielo. Habiendo hecho Neptuno un toro, Vulcano un hombre, y Minerva una casa, fué elegido Momo para que juzgase acerca de la excelencia de estas obras; encontró que los cuernos del toro estaban mal colocados; dijo que el hombre necesitaba tener una ventana en el corazón para que fuese posible ver sus mas recónditos pensamientos, y la casa le pareció demasiado sólida para ser transportada á otra parte en caso de tener una mala vecindad. Momo criticó igualmente la cabaña de Venus; pero pararse en la cabaña y callarse respecto á lo demás era rendir un homenaje á la diosa. Le representaban llevando una careta en una mano y con un cetro en la otra, en cuya punta hay una cabeza grotesca como simbolo de la locura.

*Pan*, dios de los pastores, de los rebaños y de los campos, era hijo de Júpiter y de Cenis, ó de Mercurio y de la ninfa Driope. Le representaban con cuernos, un rostro inflamado y una nariz chata, con muslos, piernas y pies de macho cabrio, y con el pecho cubierto de estrellas, y llevando una flauta con siete tubos. El culto de Pan le llevó de la Arcadia á Italia Evandro. Algunos mitólogos le consideran como el Ser Supremo. Su nombre en griego significa *todo*.

*Priapo*, dios de los jardines y de los árboles frutales, era hijo de Júpiter y de Venus. Los paganos instituyeron en honor suyo festejos, durante los cuales se entregaban á todo género de placeres, y Priapo llegó á ser entre ellos el dios de los mas vergonzosos desórdenes. El culto de Priapo pasó á Roma, donde notuvo nada de obsceno, pues solo fué para los romanos el dios de los vergeles: le representaban con una cabeza humana con cuernos y orejas de macho cabrio.

Los *Sátiros* eran dioses campestres: se los confunde con los *Silenos*, los *Panes*, los *Faunos* y los *Silvanos*; todos eran representados bajo la forma de hombres chiquitillos, muy velludos, con cuernos y pies de macho cabrio.

*Término*, dios latino que presidía los límites de los campos. Primero le representaron bajo la forma de una piedra cuadrada, y luego le dieron una cabeza humana; pero siempre quedó sin brazos y sin piernas.

*Vertumnio*, dios de los jardines y de los vergeles, presidía al otoño: tuvo por esposa á Pomona. Este dios, cuyo culto pasó desde los etruscos á los romanos, le representaban bajo las formas de un joven coronado de yerbas, llevando en sus manos frutos y el cuerno de la abundancia.

*Pomona*, esposa de Vertumnio, era la diosa de los frutos; la representaban coronada de hojas de viña y de racimos de uvas, llevando el cuerno de la abundancia ó una cesta llena de frutas.

*Flora*, diosa de las flores y de la primavera, era la esposa de Céfito, hijo de Eolo y de la Aurora, que la había robado. Los griegos la llamaban *Cloris*, y era representada bajo las formas de una joven adornada de guirnaldas y llevando una cesta con flores.

*Palas*, era la diosa de los pastores, de los rebaños y de los pastos, y se ignora bajo qué figura la representaban.

*Temis*, diosa de la justicia, hija del cielo y de la tierra. La representaban con una balanza en la mano y una venda en los ojos.

*Astrea*, hija de Júpiter y de Temis, ó siguiendo otras tradiciones, del Titan Astreo y de la Aurora; bajó del cielo en la edad de oro para habitar la tierra, pero los crímenes de los hombres, habiéndola obligado á dejar sucesivamente las ciudades y los campos, subió al cielo despues de la edad de plata. Como presidía á la justicia se ha confundido con Temis.

Las *Ninfas*, eran divinidades subalternas que se representaban bajo la figura de jóvenes: habia ninfas celestes y ninfas terrestres. Aquellas se dividían en ninfas de las aguas y ninfas de la tierra: las ninfas de las aguas se subdividían en ninfas marinas, llamadas *Oceanidas* y *Nereidas*, y en ninfas de los rios y de los arroyos,



llamadas *Potamidas*, en ninfas de los lagos y de los estanques, llamadas *Pegeas*, *Creneas* y *Nayadas*. Las ninfas de la tierra eran igualmente subdivididas en muchas clases; en ninfas de las montañas, llamadas *Oreadas*, *Orestiad*as y *Orodemniadas*, y en ninfas de los valles, llamadas *Napeas*; en

fin, en ninfas de los bosques y de las florestas, llamadas *Driadas* y *Hama-driadas*.

La *Aurora* y las *Horas*. La *Aurora*, hija de *Titan* y de la *Tierra*, era la mensajera del sol. Se casó con *Titon*, hijo de *Leomedon*, que obtuvo de *Júpiter* la inmortalidad; pero habiendo olvida-



NEMESIS.

do pedir ser exento de la vejez, llegó a ser tan caduco, que fué metamorfoseado en cigarra. Las *Horas*, hijas de *Júpiter* y de *Temis*, abrian y cerraban las puertas del día.

*Nemesis*, hija de *Júpiter* y de la *Necesidad*, miraba desde lo alto de los cielos cuanto pasaba en la tierra; impedía en este mundo el castigo de los

culpables, y en el otro los castigaba con el mayor rigor. Se complacia en doblar las cabezas orgullosas, en humillar á aquellos á quienes la prosperidad, la fuerza del cuerpo, la belleza ó los talentos hacian demasiado soberbios. La llamaban tambien *Adrastea*. Alas y una espada eran sus atributos. *Belona*, diosa de la guerra, era hija



de Foréis, dios marino y de Ceto. Ella era quien enganchaba los caballos de Marte cuando partía para los combates. La confunden algunas veces con Palas; pero Palas presidía la guerra hecha con astucia, al paso que Belona no representaba mas que los furiosos.

La discordia, divinidad maléfica, hija de la noche, fue echada del cielo por Júpiter y precipitada sobre la tierra. Irritada porque no la habian convidado á las bodas de Tetis y de Peleo, arrojó en medio de las diosas la manzana de oro sobre la cual estaba escrito: *A la mas hermosa.*

La *Envidia*, diosa alegórica, era hija de la Noche; la representaban pálida, livida, con la mirada sombría, y con

una serpiente enroscada que le roía el seno.

La *Esperanza*, era algunas veces representada bajo la figura de una mujer, que en una mano tenia una lámpara, y con la otra sostenia á un hombre al borde de un precipicio.

La *Fama*: Virgilio la representa como un monstruo que tiene tantos ojos, oídos, bocas y lenguas como plumas.

La *Paz*: la oliva era su principal atributo.

El *Pudor*: le cubren con un velo y aparece con un semblante modesto.

La *Verdad*: su mano izquierda lleva un libro abierto y su derecha un espejo.

(Se continuará.)

## APUNTES MORALES.

### CONFESIONES DE UN ESCOLAR.

(Continuacion.)

#### CAPITULO V.

Al primer chasquido del látigo del postillon me asomé á la ventana de mi aposento que daba vista al camino que conducia á la quinta; en este momento mi madre asomaba la cabeza por la portezuela del carruage, y al conocerla lancé un grito de alegría, y saltando fuera del cuarto atravesé los corredores y bajé los escalones de la escalera de cuatro á cuatro. Mi madre acababa de echar pie á tierra; yo me arrojé en sus brazos palpitando de emocion, pálido, tembloroso y exclamando: «¡Mamá, mamá! ¿eres tú?» Ella no tuvo el tiempo de recibirme, porque me faltaron las fuerzas, y se vió precisada á llevarme á la sala en cuyo divan me tendió. Cuando volví en mí, mi madre inclinaba sobre mí su rostro bañado en lágrimas, y estrechaba mis manos contra las suyas: al instante

que la reconocí la abracé y la di cien besos murmurando estas frases: «¿Eres tú, madre mia?... ¡Oh, qué dichoso soy en volverte á ver, querida mamá! ¡abrázame otra vez! ¡Te quiero tanto!... ¡Oh, tú no te separaras de mí ya! ¿es verdad? ¿Me lo prometes?»

No podia separarme de ella; mis brazos la estrechaban convulsivamente, y mezclaba á sus lágrimas las mías que eran mas abundantes.

—No, hijo mio, no te dejaré ya, he sufrido mucho con tu ausencia, y me será imposible volverme á separar de tí, me decia mi madre acariciandome.

Semejante escena era superior á mis fuerzas; me exaltaba, y mis movimientos anunciaban una de aquellas crisis nerviosas que habia padecido en mi primera infancia. El general lo conoció, y usando de la influencia que ejercia sobre mí, me cogió bruscamente por un brazo y me puso en el suelo.

—Has llenado tu deber hácia tu madre, me dijo con frialdad, y olvidas que te queda otro no menos sagrado que llenar.



Y hablando de este modo me volvió del lado adonde estaba mi padre que me tendía los brazos; quise al punto abrazarle con la misma efusión.

—¿Qué dices, hijo mío? me preguntó friamente, ¿has sido juicioso y obediente durante nuestra ausencia?

—Yo creo que sí, papá.

—Ya sé que has aprendido á leer y á escribir en menos de dos meses; por lo tanto te traigo un premio que verás mañana.

La calma de mi padre me concertó; cambié de atmósfera; del fuego pasé al hielo, y esta variación me apaciguó. Pero mientras que mi padre me hablaba de una bella recompensa, no le escuchaba, y me volvía hacia mi madre para buscar en sus ojos la única recompensa que ambicionaba; ella me comprendió sin duda, pues respondió á mi pensamiento por una de aquellas adorables sonrisas que tanta gracia daban á su semblante. De suerte que lanzándome de las rodillas de mi padre, corrí hacia ella y la dije: «¿Estás satisfecha de mí, mamá?

—Sí, querido mío; estoy muy contenta, y yo también te traigo un premio.

—Si estás contenta de mí ya estoy bastante recompensado.

—¿De veras? Sin embargo, creo que vas á quedar encantado de lo que quiero hacer por ti.

—¿Qué es ello, mamá?

—Adivínalo; piensa lo que te causaría mas placer en el mundo.

—¡Oh! si fuera lo que yo me presumo!... sería muy dichoso.

—Dí lo que presumes.

—¿Es que vas á llevarte á Madrid para quedar allí contigo?

—Justamente.

—¡Oh, qué dicha! tienes razón, es una famosa recompensa.

—Y yo iba de mi padre á mi madre, saltando, brincando, tocando las palmas, loco de alegría. Sin embargo, me detuve delante de mi tío, y conociendo su tristeza, comprendí que semejante alegría por mi parte era un signo de ingratitud; temí haberle afligido, y me puse al momento entre sus rodillas.

—¿Y vd., tío, quiere también vivir en

Madrid? le dije tomándole la mano; si vd. no está allí, yo no estaré del todo contento.

—Bien, bien, Ildefonso, me dijo dándome un beso en la frente; tienes muy buen corazón, y me costará mucho trabajo acostumbrarme á vivir sin ti, y tendré sin embargo que hacerle; estoy tan habituado al retiro de mi quinta, que Madrid no me gustará. No obstante, iré á veros á menudo.

—Muy á menudo, ¿no es verdad, tío?

—Sí, amigo mío; así lo espero.

—¿Y madama Victorina? dije yo entonces.

—Eres un buen chico, Ildefonso, pues te acuerdas de todos los que te aman. Madama Victorina te acompañará á casa de tu padre, donde continuará prodigándote sus cuidados.

—¡Ah! tanto mejor, porque yo quiero mucho á madama Victorina, pues siempre ha sido buena para mí.

—Puesto que conoces ese mérito, procurarás recompensarla manifestándote hacia ella mas obediente y sumiso que nunca.

—Sí, tío; yo lo prometo.

Semejante arreglo me agradaba, y aunque me encantaba verme al lado de mi madre, sufría sin embargo por separarme de mi tío. Por espacio de ocho días fué el chico mas guapo del mundo; jamás me vieron tan dócil y tan respetuoso.

—No hay duda que este bribonzuelo, decía algunas veces mi tío sonriendo, quiere que yo sienta su ausencia; van vds. á ver que no voy á poder pasarme sin él, y que será preciso que vaya á residir á Madrid.

—Seré muy dichoso, tío mío, si hace lo que dice.

—Pchs... ¿quién sabe?

Y le rogué que al menos nos acompañase hasta la corte, para que pasase algunos días con nosotros, á fin de que fuese menos triste nuestra separación, á lo cual accedió. Mi tío Justiniano se mostraba impasible delante del cañón y de la metralla, pero bastaba para enternecerle una caricia de su sobrino; de este modo están formados los buenos corazones.



Pero ya estoy en Madrid; los primeros dias me parecieron deliciosos, pero bien pronto me fastidié de verme entre cuatro paredes, sin movimiento, no determinándome á correr, ni á saltar, ni á gritar temiendo incomodar á mis padres, ó de echar á perder la alfombra, ó de romper algun mueble; ¡qué fastidio para un niño acostumbrado á vivir á sus anchuras y en toda la plenitud de sus movimientos! Se disminuyó mi apetito, y fué necesaria toda la influencia de mi madre para que comiese algo mas; sin embargo, no me quejaba, pues me encontraba dichoso viendo á mi madre á todas horas; podia abrazarla cien veces al dia....

Cuando dejé la quinta tenia todas las maneras de un muchacho rústico, hablaba el language de mis agrestes compañeros: madama Victorina temblaba al verme con tan malos hábitos al lado de mi familia: todas las mañanas, durante los primeros dias, me dirigia con este objeto las mas sensatas amonestaciones; pero eran inútiles; al punto que me hallaba bajo la direccion de mi madre se verificaba en mi una metamorfosis completa. Ya lo he dicho, y no me cansaré de repetirlo; su natural elegante y distinguido se reflejaba, por decirlo así, en todos cuantos se acercaban á ella, y especialmente sobre mí: esto es tan verdad, cuanto que este cambio no me costó gran trabajo, y se produjo en mis maneras sin que yo lo notase. ¡Ah! cuán dichoso es el niño que ama sinceramente á sus padres! Las cosas mas difíciles para los demas, son para ellos dulces y sencillas. Por eso á los ocho dias desde que dejé la quinta, mis maneras eran otras y parecia que nunca me habia separado del salon.

Esto marchaba bien; pero mi salud se deterioraba de dia en dia; mi madre fué la primera que lo conoció, y se desconsoló creyendo que no habia mas remedio que tornar al lado de mi tío.

Don Higinio de Lara, mi abuelo, encontró el verdadero medio de restablecerme sin separarme de mis padres. «Los niños necesitan mas movimiento, dijo á mi madre, ocupacion, la

sociedad de los niños de su edad. Enviemos á Ildefonso á un colegio en clase de alumno estérno. Yo sé que la mayor parte de los colegios de Madrid no son mas que escuelas mal dirigidas, donde un niño de buena familia corre el riesgo de echarse á perder. Sin embargo, es preciso que le pongamos en aquel que ofrezca mas garantias; es una eleccion que exige grandes precauciones; desde mañana yo visitaré los colegios situados en nuestras cercanias, y señalaré el que me parezca que reúne las cualidades necesarias.»

Con efecto, al dia siguiente, don Higinio me cogió de la mano y visitamos siete ú ocho establecimientos de educacion, y todos le desagradaban, y hasta cierto punto, no sin razon.

En uno, no habia mas que una clase donde todos los niños de cinco á doce años se hallaban reunidos bajo la direccion de un solo maestro desde por la mañana hasta la noche, siendo imposible mantener el órden en medio de esta multitud de educandos de tal modo mezclados: las lecciones se daban á toda prisa, maquinalmente por parte del maestro, y mas maquinalmente por parte de los discipulos; ¡y qué discipulos! los del maestro Tape- ta eran reyes en comparacion.

En otra escuela, el recreo no era suficiente; aqui las salas no estaban bastante aireadas; alli el maestro parecia un hombre sin educacion; otra escuela ofrecia el cuadro repugnante de un desaseo crónico; en todos estaba la religion descuidada y mal comprendida.

Don Higinio se volvió á casa desanimado deplorando los desórdenes á que se entrega la educacion libre de España, y pensando en darme un preceptor que me llevase á paseo dos horas todos los dias, siempre que el tiempo lo permitiera; pero vió á un niño de mi edad, limpio, de rostro interesante, que llevaba unos cuantos libros debajo del brazo, y que probablemente salia de la escuela conducido por su padre, un hombre condecorado y que anunciaba distincion.

Don Higinio habló con mucha política á este caballero rogándole le indi-



cara á qué establecimiento de educacion habia confiado á su hijo.

—Con mucho gusto, respondió, porque creo hacer á vd. un buen servicio si es que vd quiere una buena escuela para este niño.

—Sí, señor; la buscodesde esta mañana.

—Y no habrá vd. encontrado ninguna que reuna las condiciones necesarias.

—Absolutamente ninguna.

—No me admira, pues lo mismo me sucedió á mi cuando quise poner á mi hijo en la escuela; pero la casualidad me hizo conocer una de la cual estoy muy satisfecho. Todos los discípulos allí son de muy buena familia; la casa es muy limpia; la educacion religiosamente moral; la enseñanza concienzuda, los cuidados de toda especie, tan necesarios á los niños, se prodigan con inteligencia por la señora de la casa, jóven de una educacion perfecta, el maestro es un hombre distinguido, verdaderamente instruido, concienzudo, grave sin pedanteria, indulgente, uniendo á la dulzura la firmeza, y se esfuerza en mostrarse padre de sus discípulos.

—Es una gran fortuna semejante institucion para los padres de familia. Digame vd. pronto donde está esa escuela.

—En esta primera calle, á la derecha. *Escuela de don Vicente Perez.*

—Sí, como no lo dudo, pongo á mi nieto en esta escuela, yo le pido á vd. la amistad de su hijo para el mio.

Mi abuelo y este caballero se separaron despues de los cumplimientos de ordenanza, y nos dirigimos á toda prisa hácia la escuela de don Vicente. Mi abuelo la encontró tal como se la habian pintado, y los maestros le convinieron mas que el local. Allí relucia la limpieza, reinaba en todas las clases el mayor orden y el mas grande silencio; todo revelaba en la casa una direccion sabia, atenta y economizada.

Don Vicente no tenia mas que cincuenta discípulos, y veia con razon, que era lo bastante para ocuparse de lleno en ellos todo el dia. El precio mensual, sin ser exagerado, era doble

al que imponian las otras escuelas, porque nuestro maestro queria ejercer dignamente su profesion, y sabia que sus planes de educacion hubieran sido irrealizables si hubiese aceptado discípulos de mas bajo precio, pues le seria entonces indispensable en toda la administracion una sórdida economia. ¿Cómo adquirir buenos profesores sin que le pagaran lo suficiente? Su establecimiento hubiera descendido al rango de las escuelas.

La cuestion pecuniaria no podia detener á mi abuelo, y se convino que al dia siguiente me veria inscrito en el número de los discípulos de don Vicente.

Con efecto, al otro dia á las ocho y media de la mañana madama Victorina me llevó á la escuela; yo debia comer al medio dia con don Vicente y algunos discípulos, cuyos padres habian pensado lo mismo que el mio.

Me colocaron al lado de los niños de seis á siete años; pero qué cambio. Dios mio, y cuanto me acordé del maestro Tapeta. Nos veíamos obligados á guardar silencio; nos era preciso seguir atentamente una lectura que se hacia en voz alta y por turno. El maestro detenía con frecuencia la lectura, y mandaba de pronto leer á otro para conocer si ponía atencion ó no.

La parte de escritura se hacia con igual conciencia; la parte de aritmética era un poco mas divertida; en la historia sagrada se nos leía unas dos paginas, y en seguida nos mandaban referir lo que se nos habia leído: en geografía nos explicaban solamente los accidentes físicos del globo, mostrándonoslo sobre el mapa ó sobre el mismo globo. En fin, para terminar la clase escribíamos algunas líneas al dictado, cuyo ejercicio ortográfico daba lugar á una leccion analítica y gramatical adecuada á nuestra inteligencia.

Todo esto era muy poca cosa; pero don Vicente pensaba que era lo bastante para los niños, y en su consecuencia hacíamos visibles progresos, y solamente yo era el mas atrasado.

He aquí la razon.

Mi madre se desembarazó de mu-



chas ocupaciones para entregarse, decía, exclusivamente á mi educacion. En primer lugar entregó mi cuerpo á un sastre de habilidad, que me vistió á la última moda, y llegué á ser un caballero; llevaba yo pantalon muy estirado, botas muy apretadas, guantes amarillos, corbata de color, chaleco blanco de piqué, y un sombrerito á la inglesa, y tomé la costumbre de llevar en la mano un junquito que manejaba con soltura y desembarazo.

No sé si esto era bonito; pero puedo decir que mi madre me admiraba; pero yo confieso que hoy me parecen perritos vestidos los niños que veo de igual manera. ¿No es una ridiculez oprimir así á un pobre niño como á un caballo de carrera, de modo que no pueda ni aun doblarse para hacer un saludo? Pero mi madre me encontraba muy bonito con este trage, y yo no sabia quejarme.

Mi padre no me habia comprado estos vestidos para ir á la escuela; pero

con mucha frecuencia enviaba por mi despues de las doce para pasearme con él; ora iba á visitar á unos de sus amigos y era preciso que nos quedásemos á comer; otras veces me llevaba á las inmediaciones de Fuencarral con gran satisfaccion mia, pues yo queria mucho á mi tio Justiniano. A menudo inventaba alguna fiesta de niños, y convidaba á otros para que me distrajesen. ¿Qué puedo decir á vds? aprendí á bailar, tuve maestro de piano, aprendí la esgrima, la equitacion, la natacion, etc., pues mi padre queria que yo fuese un hombre cumplido. De esta suerte llegué á ser muy pronto un hombrecito de tono, ó mejor dicho, una caricatura de un hombre de tono; me amaneraba, me afectaba al estremo de hacerme presuntuoso y pedante. Mis compañeros se burlaban de mí, yo me enfadé y comencé á despreciarlos, y cierto dia tuve por ello una buena leccion.

(Se continuará.)

## JUAN FRANCISCO EL INDEPENDIENTE.

NOVELA INFANTIL.

### §. II.

Cuando Juan y Pablo entraron en su casa medio desfigurados por los golpes que habian recibido, su tia doña Dolores comenzó á gritar y quiso saber lo que les habia sucedido: Francisco era muy franco y refirió el suceso sin mostrarse arrepentido; pero tambien sin ocultar nada. Su tio, que acertó á llegar durante esta relacion, prometió á los dos hermanos que nunca volverian solos á la clase, y que sus horas de juego quedaban suprimidas por espacio de ocho dias. Por lo pronto se mandó que cambiaran de vestidos, porque don Doroteo tenia convidados á comer á varios amigos, entre los cua-

les se encontraba don Lotario Ribera, comandante de la fragata *Felicidad* que debia partir muy pronto.

Cuando los escolares entraron en la sala principal hallaron reunidos á todos los convidados, y por las miradas medio severas, y medio risueñas que les dirigian, comprendieron al momento que se habia hecho mencion de la *rabona* y de la pelea con los grumetes.

El capitán Ribera evidenció la sospecha de los escolares, porque habiendo cogido á Juan Francisco por una oreja, le dijo riéndose:

—¿Eres tú el de los novillos á la clase? Señor Doroteo; vd. debia darme para llevármelo á bordo ya que tanto le gusta la independencia.



—Muchas veces lo he solicitado, contestó atrevidamente Juan Francisco; pero dice mi tío que solo los ignorantes y los niños malos son los que quieren seguir la carrera de marinos.

—¿De veras? exclamó el capitán Ribera.

—Es una mala inteligencia de ese arropiezo, interrumpió don Doroteo algo cortado.

—Pablito puede decir si miento, añadió Francisco.

—Es la verdad, exclamó al instante el jorobado.

El capitán que se había manifestado un tanto resentido se echó á reír.

—Vamos dijo; esta visto que la misma reputación tenemos para con los legistas, que los legistas la tienen para con nosotros. Mejor: cada uno para su pabellón; pero si á vd. le parece que este chico es tan vicioso y tan ignorante que merezca ser marino, entréguelele vd. y yo me encargo de su educación naval.

El aviso de que la sopa estaba en la mesa rompió la discusión, y durante la comida fué otro el asunto de la conversación.

El capitán Ribera había navegado mucho, y sabía amenizar el tiempo refiriendo lo que había visto, contó con suma originalidad una porción de anécdotas y aventuras, unas divertidas y otras terribles, en todas las cuales él había sido el héroe. Juan Francisco escuchaba y se olvidó muchas veces que estaba comiendo, y apenas se determinaba á respirar.

Cuando llegó la noche y se encontró solo con su hermano, no le habló mas que de la felicidad que se experimentaba viajando, y de la resolución que había tomado de aprovecharse de la primera ocasión que se le presentara para experimentar aventuras en países lejanos. Pablito lo aprobó todo, no solo porque esta era su costumbre, sino porque quiso abreviar el diálogo para poder dormir.

Don Doroteo no había olvidado el precepto impuesto á los dos hermanos, y al otro día fueron cerrados en un cuarto y solo salieron de él para ir á la clase, y vueltos á encerrar en di-

cha habitación luego que concluyó la clase. Seis días trascurrieron de este modo; el sétimo era día festivo; al sol se hallaba estendido por todo el patio, y Juan Francisco con la cara pegada á los cristales de una ventana miraba el cielo azul pensando con rabia que no podía disponer de tan magnífico día.

Después de un largo silencio, durante el cual se aumentaban su cólera y sus deseos de libertad dió un fuerte puñetazo á la pared y exclamó.

—Esto no puede continuar de esta manera; yo no soy ningún presidiario para que me encierren así... Pablito, nosotros debemos ser libres, y para esto es necesario que nos hagamos marinos.

—¿Hacernos marinos? repitió el jorobado según costumbre.

—Sí; en medio de los mares no tendremos tíos que nos encierren, ni maestros de latinidad que nos castiguen.... los marinos son independientes.

—¿Son independientes los marinos? preguntó el jorobado.

—¿No vistes al capitán Ribera como manifestaba en su aspecto que por nada estaba contrariado? Dijo que el vino de Madera no era bueno, y por tres veces ha pedido vino de Jerez, y ha referido sus aventuras con los codos apoyados contra la mesa, lo que nos prohíbe siempre nuestro tío. Eso se llama ser un hombre libre, Pablito. ¿Qué nos importa dormir encima de los equipages? al menos allí no tendremos quien nos obligue á aprender el latín, ni nos encerrarán cuando el cielo se vista de día de fiesta.

—Entonces, dijo Pablo, embarquémonos... pero, ¿cómo lo haremos?

—Ya encontraremos un medio, respondió Francisco.

Apenas acababa de hablar cuando se abrió la puerta, y don Doroteo se presentó con el capitán Ribera.

—Vamos pronto, chicos, dijo este, pónenos vuestros vestidos nuevos que os quiero llevar á bordo.

Los dos hermanos quedaron sorprendidos.

—El capitán, dijo don Doroteo, parte mañana y ha querido convidarnos



á comer; quiere tambien que vds. asistan á su mesa, y he accedido; pero con la condicion de que mañana volvais á vuestro encierro.

—Lo entiendo, dijo Francisco cuando se vió solo con su hermano: le hubiera sido preciso que alguno se quedase aqui para guardarnos, y nos llevasen para ellos poder ir á bordo; esto no es mas que una clemencia interesada; pero no importa; puede ser que nos sirva de algo.

Dos barcas esperaban á los convidados en la sala convenida, y en menos de una hora llegaron todos á la fragata.

El capitán Ribera tenia preparado un espléndido recibimiento: la tripulacion se habia vestido de gala, y en medio del puente se habia levantado una tienda bajo la cual estaba puesta la mesa.

Los dos hermanos estaban maravillados, y se pusieron á recorrer la nave examinandolo todo con prolija curiosidad.

Al pasar por cierto punto de la embarcacion, Juan Francisco se encontró de repente cara á cara con el grumete al cual habia querido dar una leccion de cortesia pocos dias antes; este le conoció igualmente, y quedó un tanto suspenso; pero Juan Francisco le recibió riéndose, y bien pronto trabaron conversacion.

El joven escolar manifestó su gran deseo de embarcarse, y la oposicion de su tío don Doroteo hácia esta profesion. *Marcelo* (este era el nombre del grumete) iba á explicarle los medios de satisfacer su deseo á pesar de la oposicion de su tío, cuando este se presentó alli, porque buscaba á los dos hermanos para que fuesen á sentarse á la mesa.

No obstante, apenas habian acabado de almorzar, cuando llegó á bordo un oficial que traia un oficio para el capitán Ribera, cuyo documento le mandaba levantar anclas al momento, y partir antes que llegara la noche. Con semejante nueva, los convidados se apresuraron á despedirse, y se vinieron á toda prisa las lanchas para llevarlos á tierra.

Pablo y Juan iban á bajar á la canoa del comandante, cuando Marcelo les hizo una seña.

—¿Estais decididos á correr la bolina con nosotros? preguntó á los escolares.

—Decididos, respondió Francisco.

—Pues bien; bajad á la bateria y escondéos detrás de los cajones.

—Pero nos buscarán.

—Yo me encargo de todo; haced lo que os digo.

Los dos hermanos se miraron, y hubo un momento de indecision; pero como ya lo hemos dicho, Juan Francisco era un muchacho resuelto, que no desistia de un proyecto tan facilmente.

—Bajemos, Pablito, dijo á su hermano con voz conmovida.

—Bajemos, repitió Pablo.

Y los dos desaparecieron.

Sin embargo, don Doroteo, que acababa de entrar en la canoa del comandante, preguntó si alguien habia visto á sus sobrinos.

—¿Uno guapo y otro jorobado? preguntó Marcelo.

—Justamente.

—Acaban de embarcarse á bordo de la canoa grande, y llegarán á tierra antes que vd.

Don Doroteo quiso ver si era verdad lo que le decian, pero la canoa grande estaba ya muy lejos, el capitán Ribera apresuraba la partida, y se resolvió á llegar á Cádiz cuanto antes, resuelto á renovar el castigo de sus sobrinos por haber partido sin él.

No bien las barcas dejaron en tierra á los convidados, cuando inmediatamente volvieron hácia la fragata, se levantaron las anclas, y una hora después la *Felicidad* habia desaparecido.

Solo á la caída de la tarde, y cuando se comenzaba á perder de vista la tierra, salieron los dos hermanos de su escondite. El capitán Ribera se manifestó primero muy desanimado al ver á los chicos, pero ya no tenia remedio el daño, pues era imposible desembarcar. Por otra parte, Juan Francisco se hallaba determinado á correr todos los peligros de la vida marítima.



—Entonces, quedaos, dijo el capitán; pero tened presente, hijos míos, que formáis parte de la tripulación, y andad derechos si no queréis conocer al *gato de nueve colas*. Buscad á Pedro Flocho para que os dé vuestra parte de hamaca.

### § III.

Pedro Flocho miró de arriba abajo á los dos reciénvenidos; por tres veces se quitó la pipa de la boca, y encogiéndose de hombros, dijo:

—Marcelo, ¿sabes de dónde nos viene esta parejita mariconas?

Marcelo guiñó el ojo á Flocho, y dijo con aspecto de gravedad:

—Son dos señoritos de buena familia que se han embarcado para ser independientes.

Pedro Flocho miró al grumete, y despues á los dos hermanos.

—Eso es otra cosa, dijo... entonces será preciso hablarles con guantes.

Y volviéndose hácia Pablo, añadió:

—Tú, primero el jorobado, te destina á nuestras calderas de rancho. Cuando estemos de mal humor, nos enseñarás la joroba y nos reiremos.

—Yo quisiera no estar separado de Pablito, dijo Juan Francisco.

Pedro Flocho se dirigió á él con admiración.

—¿Que tú quisieras!... exclamó.... bah, bah; hé aquí un recluta que habla como el comandante; es cosa curiosa el mocito independiente.

El marino comenzó á soltar estrepitosas carcajadas; Juan Francisco desconcertado quiso hacer observaciones; pero Flocho le interrumpió bruscamente.

—¡Basta de charla! nosotros vamos á bajar á la batería pues quiero, darte lo que es menester. Acuérdate solamente de que aquí el perro y los novicios no tienen voluntad propia. Marcelo le explicará todo esto cuando te enseñe á manejar el lampazo.

Esta primera conversacion quitó la ilusión que Juan Francisco tenía acerca de la vida marítima, y no había hecho mas que empezar. En primer lu-

gar, no tardaron en presentarse los mareos y los vómitos, pero por muchos que fuesen los sufrimientos de su hermano y los suyos ninguno les hacía caso; solo Marcelo vino dos ó tres veces á desatar sus hamacas para que resistiesen mas el vaiven, y á ofrecerles un pedazo de manteca, que al mirarle no podía menos de aumentar las náuseas.

Sin embargo, á los tres días se apaciguó el mal y pudieron subir al puente.

Hacia algun tiempo que se paseaban por él, cuando Pedro Flocho los vió y corrió hácia ellos.

—¿Qué hacéis aquí? les preguntó bruscamente.

—Estamos tomando el aire, respondió Francisco.

—¿En la proa?....

—¿Y por qué no?

—¿Por qué?... Porque tú no eres mas que un pobre novicio, y por aquí no se pasean mas que los oficiales.

—Yo no sabia....

—Adelante; fuera de aquí, si no queréis que os envíe á devanar viento en la cofa grande.

Los dos hermanos obedecieron de muy mala gana, y pasaron á sentarse cerca del cabrestante.

—Si hubiera alguna cosa que comer, hermano! observó Pablo despues de algunos instantes de silencio: hace tres días que estamos á dieta y desfallezco.

—Comeremos, replicó Juan.

Pero cuando se presentaron al dispensero, este les dijo que sus raciones estaban distribuidas, y que tenían que esperar á la comida de la tripulación.

—Entonces volvámonos á acostar, observó Pablo.

—¿No sabes que han levantado las hamacas? dijo Francisco.

—¡Caramba! murmuró el jorobado; parece que aquí no puede uno pasearse, ni comer, ni dormir, sino segun el reglamento.

Juan no respondió nada, pero comenzó á dudar de la independencia de los marinos á bordo de las embarcaciones.

(Se concluirá.)



## CUENTOS PARA LOS NIÑOS.

### LA MERCANCIA DE ALNASCHAR.

Alnaschar era un hombre muy perezoso, que no quiso trabajar mientras vivió su padre, pero cuando este murió le dejó la cantidad de cien dracmas en monedas persas. Alnaschar a fin de sacar de esta herencia el mejor partido posible la empleó en vasos, botellas y otras piezas de vidrio.

Colocó todos estos objetos en una grande cesta, y habiendo elegido un sitio, colocó la cesta á sus pies y apoyó la espalda contra la pared, en actitud de esperar compradores. Viéndose en esta posicion y con los ojos fijos en la cesta comenzó á pensar, y un vecino suyo oyó que razonaba de esta manera:

«Esta cesta, dijo, me costó cien dracmas, la única cantidad que yo poseo en este mundo. Vendiendo al pormenor mi mercancía duplicaré la suma; con estos doscientos dracmas haré en muy poco tiempo cuatrocientos, que probablemente ascenderán luego á cuatro mil, y cuatro mil dracmas pueden hacer ocho mil. Cuando yo sea dueño de diez mil dracmas, dejaré el tráfico de vidriero, y me haré joyero. Entonces venderé diamantes, perlas y todo género de alhajas, y cuando haya reunido tanta riqueza como puedo desear compraré la mejor casa que encuentre y tendré tierras, esclavos, eunucos y caballos, y haré ruido en el mundo. Pero no parará en esto mi fortuna, porque continuaré mi tráfico hasta que reuna cien mil dracmas. Cuando me vea poseedor de cien mil dracmas, me pondré naturalmente bajo el pie de un príncipe y pediré en casamiento á la hija del gran visir,

después de haber representado á este ministro la información que yo haya recibido de la belleza, talento, discreción y demas cualidades que su hija posee.

«Le haré saber al mismo tiempo que es mi intención darle el presente de mil piezas de oro la noche de nuestro casamiento. Cuando ya me haya casado con la hija del visir, le compraré diez eunucos negros, los mas jóvenes y los mas hermosos que se puedan agenciar con mi dinero. Luego será preciso que yo haga una visita á mi suegro seguido de una grande y lujosa comitiva; y cuando me vea colocado á su derecha, lo que no puede menos de suceder, aun cuando no sea mas que para honrar á su hija, le daré las mil piezas de oro que le habia prometido; y en seguida, con gran sorpresa suya, le presentaré otro bolsillo del mismo valor con algun breve discurso. Ya lo veis, señor, soy hombre de palabra, y acostumbro á dar siempre mas de lo que prometo.

«Así que haya llevado á mi casa á la princesa, tendré un cuidado particular en hacerla inspirar un respeto conveniente hacia á mí, antes de abandonarme al amor y á la locura. Con este objeto, la encerraré en su aposento, y la haré una corta visita, y la hablaré muy poco. Sus damas me manifestarán su desconsuelo por causa de mi dureza, y me suplicarán con lágrimas que vaya á acariciarla y á dejarla que se siente á mi lado, pero permaneceré inexorable. Vendrá entonces su madre, y me traerá á su hija, cuando yo me encuentre reclinado en mi sofá. La joven, anegada en llanto, se arrojará á mis pies, y me suplicará que la devuelva mi gracia y mis favores: yo entonces para im-  
 <img alt="A small decorative illustration of a person sitting on a chair, possibly a woman, with a small table next to her." data-bbox="450 190 570 205"/>

mir en su ánimo una profunda veneración hacia mi persona, levantaré la pierna, la daré una patada, y la lanzaré lejos de mí, de tal manera, que ella caiga á larga distancia del sofá.»

Alnaschar, estaba de tal manera ab-



ALNASCHAR.

sorto con esta quimérica vision, que no pudo menos de ejecutar con su pie lo mismo que pensaba, de suerte, que dando una patada á su cesta cargada de la fragil mercancia, y que era el fundamento de su grandeza, lanzó sus vasos, sus botellas y demas vidrios, á una gran distancia, y lo convirtió todo en menudas piezas.

### MAXIMAS

*La murmuración* es hija del ocio y de la necesidad. Un remedio infalible para castigarla, es ocuparse de todo menos de lo que ella dice.

*La indulgencia* en boca de una mujer, es una prenda de virtud; en la de un hombre discreto, nos advierte que puede pasarse sin ella; las almas pequeñas ó frágiles no la conocen; es firme apoyo de la moral, cuyos atracti-



vos realza; y aunque peligrosa en las faltas graves ó en los crímenes, vale mas correr el riesgo de ver nuestra credulidad comprometida, que afligir á la humanidad con ultrages que la deshonran.

La puntualidad es la urbanidad de los reyes, ha dicho Luis XVIII, y lo mismo puede decirse de toda persona elevada. Mas negocios despachareis en un día si sois puntuales y exactos, que en una semana careciendo de estas prendas. La puntualidad nos da un justo derecho á exigirlos de los demás. Para adquirir este hábito es menester acostumbrarse desde la infancia á llegar á la cita antes de la hora señalada. No conteis con la indulgencia, ni con la gracia de un superior, á quien habeis hecho esperar.

Las exigencias son una necesidad en todas las situaciones de la vida. Las de los poderosos, nos impelen á medir su grandeza; debilitarla y sustraernos á su yugo: las de los débiles, acrecen su miseria, por la misma impotencia de este necio orgullo. La exigencia en el amor, es una necesidad ruinosa: en los celos, ridicula: en el favor, le destruye: en la desgracia, la hace interminable: finalmente, las exigencias de

la razon misma, son necesidades que ella debe combatir, como el amor, en obsequio del interés propio. Pero entre todas las exigencias, seria la mayor y mas necia, sin duda alguna, la del moralista que pretendiese hallar una sombra de razon en un fatuo, envanecido de si mismo, de su saber ó de sus riquezas.

El talento del hombre mas grande del mundo, no es tan independiente, que esté exento de turbarse por el mas leve movimiento: no necesita el ruido de un cañon para que se altere su pensamiento, bástale solo el ruido de un mosquito.

Pascal.

LA CAPA DE ANTISTENES.—Antistenes, filósofo ateniense, jefe de la secta de los cínicos, con el objeto de filosofar mas fácilmente y á su modo, vendió todos sus bienes, quedándose únicamente con una capa vieja y rota. Sócrates, que le encontró cierto día en una de las calles de Atenas, al verle vestido de aquella manera se sonrió y le dijo: «Bien se trasluce tu vanidad á través de los agujeros de tu capa.»

Los envidiosos, son consumidos por su propio carácter como el hierro por el orin.

## HISTORIA NATURAL.

—

### EL ORANGUTAN.

El orangutan, el pongo y el joco, es muy factible que pertenezcan á una sola especie: entre todos los monos estos son los mas parecidos al hombre, y por consiguiente los mas dignos de ser observados.

Eduardo Tyron, célebre anatómico inglés y que ha hecho una excelente

descripcion tanto de las partes exteriores como de las interiores del orangutan, dice que los hay de dos especies.

Mr. de la Brosse dice, que estos animales, tienen el instinto de sentarse la mesa como los hombres; comen de todo sin distincion, se sirven del cuchillo, del tenedor y la cuchara para cortar y comer lo que se les pone en el plato, y beben vino y otros licores: «los llevamos á bordo, añade: sentados á la mesa se hacian entender de los pages cuando necesitaban alguna cosa,



y á veces, si aquellos muchachos no les daban lo que pedían, se enfadaban. los cogían por los brazos, los mordían y echaban al suelo.... uno de estos orangutanes que estuvo enfermo á bordo se hacia cuidar como una persona: le sangraron dos veces del brazo derecho; y despues siempre que se sentia incomodado presentaba el brazo para que le sangrasen, como si hubiese conocido que esta operacion le habia sido provechosa.

Con el objeto que se pueda pronunciar todavia con mas conocimiento, sobre su naturaleza, vamos á esponer tambien todas las conformidades que la aproximan. Difiere del hombre á lo exterior, en la nariz, que no es prominente; en la frente, que es demasiado corta; en la barba, que no es elevada en su base; en las orejas proporcionalmente demasiado grandes; en los ojos, demasiado cercanos uno á otro, y en el intervalo que hay entre la nariz y la boca, la cual es de demasiada estension: estas son la únicas diferencias que hay entre la faz del orangutan y el rostro del hombre. El cuerpo y los miembros difieren en que los muslos son relativamente demasiado cortos, los brazos muy largos, los pulgares demasiado pequeños, las palmas de las manos demasiado largas y estrechas, y los pies formados mas bien como manos que como pies de hombre.

Los periódicos franceses de 1833, contienen acerca del orangutan, que ha vivido en el Jardin Botánico, la nota siguiente.

«El jóven orangutan vivo, anunciado por Mr. de Blainville en la Academia, dice el *Eco*: llegó el domingo 15 de mayo al Museo. Inmediatamente quedó instalado en la cabaña que se le habia preparado por encima de la de los otros dos monos, con la doble mira de facilitar la vista de él al público, y de poderle prodigar la asistencia que exige un animal tan raro y tan precioso. El señor capitán Vausghen, que por si mismo ha conducido á su jóven orang al Museo, ha tenido á bien contarnos su historia, que interesará ciertamente á nuestros lectores. Con el fin de poseer un orang, se

dirigió á algunos cazadores de Sumatra, en la que por otra parte es dicho animal muy raro. Habiéndose dedicado los cazadores á buscarle, encontraron una hembra que llevaba su hijuelo aun muy jóven.

«Perseguida con obstinacion, se refugió en un árbol cuyas ramas fueron echando abajo una tras otra los cazadores. Una sola quedaba, y era la que sostenia al animal. Viéndose cercado por todas partes iba ya á saltar á otro árbol inmediato, cuando uno de los cazadores le cortó una mano de un hachazo; entonces la madre agarró al hijuelo con la mano que le quedaba; pero como en tal estado le era imposible sostenerse en medio de los árboles, no tardó en caer en poder de sus perseguidores. Entonces se le llevaron con su hijuelo, pero las fatigas del viage y el excesivo calor, aumentaron la gravedad de la herida, que habiendo degenerado en gangrenosa, acabó con el pobre animal. Sobrevivió el hijuelo, cuya edad se calculaba en seis semanas, y estaba fuertemente desnudo; mas adelante fué echando el pelo que en el dia cubre su cuerpo. Al principio se daba al jóven orang, una papilla para su alimento, ni mas ni menos que como se hace con un niño; entonces estaba muy débil y tenia muy poca inteligenia; ahora es muy activo, de caracter suave, y sensible á las caricias. Quiere sobre todo á Mr. Vausghen, pero es familiar con todo el mundo; toma la mano, se agarra de las piernas de las personas que le visitan, y trepa sobre sus hombros. Cuando es demasiado travieso, le corrige el capitán dándole algunos hofetones y aun cordelazos; entonces se sienta en un rincón, se tapa la cara con los brazos, y á veces llora, en este caso se lleva las manos á los ojos como para enjugárselos.—Juega como he dicho y usa con ellos mas consideraciones que con las personas grandes. Hay tambien algunos animales con los cuales simpatiza, pero no puede sufrir á los gatos; tampoco quiere á los otros monos, pero tiene particular aficion y cariño á los perros, y el capitán recomendó que le pudiesen uno en su cabaña para que le

acompañase. Parece en efecto que gusta mucho de la sociedad y se encoleriza cuando se ve solo; entonces rompe y hace trizas cuanto está á su alcance. Por el contrario, se hace de él cuanto se quiere cuando está entre mucha gente; juega con las personas y gusta sobre todo que le airopellen y echen á rodar de todos modos.—Hasta ahora no se habia poseído en Francia mas que un solo orang vivo, el cual siem-

pre estaba muy enfermo y casi muriéndose cuando llegó. El que ha proporcionado Mr. Vausgher goza de completa salud. Le hemos visto en la ventana de su cabaña, que tenia con su mano de detrás (porque los monos tienen manos en lugar de pies) un vaso de agua con azúcar, y con una de sus manos delanteras un bizcocho que mojaba en el agua cada vez que quería tomar un bocado.



EL ORANGUTAN.